



"El conde Fernando Zeppelin, inventor del globo dirigible de su nombre (de fotografía)" y "El globo dirigible 'Zeppelin' remontándose por los aires (de fotografía)." 1900 n.º 979, p. 646.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DESPUÉS DE LAS FIESTAS

Ya desmontan las tribunas, enrollan las percalinas, guardan en el almacén de accesorios los figurones de cartón... Ya se puede hablar francamente de las fiestas, sin «perjudicar» al comercio ni á la industria, ni á nada perjudicable. — Es tiempo: las fiestas han durado bastante, lo suficiente para que todas las deficiencias hayan resaltado y se hayan estimado los aciertos; la hora de la crítica ha venido. ¿Que es estéril? ¿Que es crítica de asno muerto y de cebada al rabo? No. Es la manifestación de la experiencia que sale á la pluma; es el sedimento que ha quedado en nosotros y sube á la superficie un instante, para volver á depositarse en la memoria y dejarnos útiles avisos que recordaremos cuando vuelva la ocasión. En las bodas reales, verbigracia, que mucha gente considera próximas, pues para los monarcas se adelanta todo, todo madruga, como si sus fuerzas físicas é intelectuales fuesen distintas y superiores á las de los demás hombres nacidos de mujer.

Empezando por la parte decorativa, diré que es difícil desacerar más. La Carrera de San Jerónimo, especialmente, fué la nata y flor del desatino. Hubo una manada de osos de cartón, con su madroñero correspondiente, que tuvieron que emigrar de los mástiles donde se ostentaban, corridos por la rechifla del respetable público. Pero al recogerse al cubil esta fieras quedaron otras, una manada de leones que parecían gatos típicos, trepando por una pared en busca de sustento. Alternaban con los leones palmeras de guardarropía, y la estrecha calle donde se agolpa el gentío madrileño presentaba, confesémoslo, el aspecto más desastroso que cabe imaginar. Cierta arco, inferior á cuantos telones se ven en los teatros por horas, agravaba la situación, y si yo soy

e. joven rey, lo que es bajo tal arco no me convencen de que pase ni frailes teatinos.

Las iluminaciones, en cambio, muy bonitas y alegres. En este particular, la luz eléctrica ha venido á resolver el problema. Con luz eléctrica no hay iluminación fallida. Ni el viento ni el agua la estropean. *Ce n'est pas bien malin*, como dicen nuestros vecinos. — Y sin embargo, hay quien echa de menos otra cosa, la arcaica y grave iluminación de hachones de cera, que todavía algunas casas aristocráticas conservaron, pero que ya parece funeraria y doliente como una elegía, ante esas vivas seguidillas de notitas rojas, anaranjadas y verdes. La calle del Príncipe fué un verdadero túnel de luz, un enrejado primoroso de hilos lumínicos que rayaban con brillantes líneas la negrura de la noche. La casa del marqués de Alcañices presentó una fachada dibujada por la luz, hecha un ascua de fuego; el cuartel de la montaña también incendió regimiento el horizonte. Había calles donde la claridad era mayor que de día.

En el ramo de colgaduras hubo de todo. Abundaron la percalina y el satén pesetero, y fué verdadera peste, epidemia que se extendió desde lo más alto á lo más bajo, la bandera española. Esto prueba que la gente no tiene gran originalidad é inventiva. Ha encontrado el tema de la bandera, y lo glosa, y lo comenta en todos los estilos; pero no descubre otro, igualmente adaptable al objeto de adornar los balcones. Y así, lo único que se ha destacado sobre el fondo sin término de tela roja y gualda, ha sido el blasón de los reposteros de las casas nobiliarias, ó las letras entrelazadas de algunos edificios, en que los dueños parecían haber tendido una docena de pañuelos con cifra, después de teñirlos en una disolución de añil ó de caparrosa.

Siempre es un progreso sobre las clásicas colchas de zaraza con riquísimo fleco de bellotas de algodón, gala antaño del día de Corpus y demás ocasiones señaladas; pero aún cabe que demos grandes pasos en este camino de la colgadura, y que varíemos algo de tocata, ideando novedades. Hay ahí un pervenir artístico: la colgadura puede llegar á ser arte, como lo es la tapicería.

Las solemnidades oficiales han salido bien. No hubo disturbios; todo marchó con bastante orden, lo cual no es tan fácil de conseguir como á primera vista parece. No sucedió en la calle nada desagradable: no se registraron atropellos, ni riñas, ni se hundió ninguna tribuna de las muchas que, alzadas aprisa y construidas según fama con madera vieja, soportaron el peso de mucha gente en el trayecto. — La batalla de flores fué un número de los más afortunados, y un espectáculo de los más cultos... Es decir, entendámonos, *culto* de vallas adentro. Porque de vallas afuera, de todo hubo en la viña del Señor. Al pasar por las calles y al atravesar entre la multitud agolpada desde la de Alcalá al recinto donde la batalla había de librarse, creíamos encontrarnos rodeados de kabilas. Con furia insolente el pueblo arrancaba las flores que decoraban carrozas y carruajes, por lo cual los vehículos engalanados llegaron al *stand* con la mitad de su decoración. Los policías contemplaban este cuadro de salvajismo cruzados de brazos. ¡Es preciso que el buen pueblo se divierta, siempre que no sea diversión subversiva! Y el rasgo de barbaridad resultaba más antipático, de puro inútil. ¿Para qué querían aquellos zulués aquellas flores? Por fin, si el coche fuese guarnecido de panecillos y roscones, comprendo que los arrebatasen y no dejasen uno. Pero ¿rosas? No; era hacer daño por hacer daño, por estúpido y neto vandalismo. Vefan una cosa bella, fresca, bien oliente, delicada... ¡A destrozarla! ¡Y váyales usted con educaciones estéticas! La belleza les excita la animalidad; nada más.

Ahora bien: ¿cómo extrañarlo? Ciertos impulsos vienen de arriba, de *nosotros* (no quiero excluirme, á pesar de mis méritos de remera y luchadora constante por el mejoramiento de nuestras costumbres), y *nosotros* no hacemos lo bastante para romper la costra secular de ignorancia y rudeza. Casi diría que con frecuencia contribuimos á solidificarla. Pues qué, ¿han sido los golfos de la calle quienes organizaron tanta y tanta corrida de toros? En este mes que acaba de transcurrir, hasta los periódicos dia-

rios, fieles cronistas de la actualidad taurina, que la consagran la nata y medula de sus columnas más visibles, que no perdonan pase ni estocada sin comentarlas cual no comentarían los escoliastas á Homero; hasta los periódicos diarios, digo, se han escandalizado del número de pares de cuernos que salieron al ruedo de la plaza de Madrid.

Una de las mejores cosas que debimos á las fiestas fué aplaudir de nuevo — después de mil años — el *Don Juan* de Mozart. La deliciosa ópera está casi proscrita; dicen que su *spartito* ofrece dificultades serias á los cantantes. En cuanto puede juzgarse al través del ruido y de la brillantez aturdidora de una función de gala, el *Don Juan* se cantó muy bien y produjo en mi espíritu la misma impresión de alta belleza que cuando formaba parte del repertorio del Real.

Algo hemos visto que en su género compite con la ópera de Mozart: los jardines del Campo del Moro, que se abrieron para la *garden party* de Sus Majestades.

Era aquel lugar, no ha mucho, madriguera de malhechores, refugio del hampa madrileña; y es hoy un parque soberbio, con agua y árboles á voluntad, y aterciopeladas *pelouses* donde el césped fresco verde, alegrando los ojos. — Yo veía allí una especie de simbologuío, una dulce lección de la Naturaleza al joven soberano que aún no peina bigote.

Parece que le decía el parque: «La nación está como yo estaba: seca, inculta, polvorienta, infestada de gente *non sancta* ó de gente que carece de orientación hacia el trabajo y la vida civilizada y moderna. La voluntad de una reina me transformó en jardín; la voluntad de un rey puede transformar en jardín á la nación española...»

Dicen que los reyes constitucionales no están facultados para realizar nada de lo que es preciso que se haga, y hay quien reprocha á la Unión Nacional que haya recurrido al trono en demanda de regeneración. ¡Ah! El formulismo será el que se quiera: la realidad es que el rey, aun sin proponérselo, pesa extraordinariamente, influye de un modo decisivo en nuestra vida nacional. Hablo de España: hablo de esta nación donde la monarquía tiene profundas raíces y está *restaurándose* incesantemente, por una especie de evolución natural. Aquí, los grandes movimientos de cultura, obra de reyes han sido. Todavía, cuando vemos un camino ancho y hermoso, un edificio grandioso y noble, una institución duradera, murmuramos el nombre de Carlos III, pensamos en aquellos Borbones que se trajeron en sus tabaqueras de oro y esmalte tantas cosas. — Y no importa que las apariencias de nuestra organización política hayan cambiado; no importa que hoy aparezcan restringidas constitucionalmente las facultades y prerrogativas omnímodas de que antes disfrutaba la corona. En realidad no hay forma de la actividad social en que el rey no pueda influir de un modo enérgico, casi fulminante. Sería halagüeño y sorprendente para el rey ensayar su fuerza en cualquier terreno; de tal cantidad de fluido se encontraría poseedor. Y entonces diría, como Cristo al realizar uno de sus milagros: «Una virtud ha salido de mí.»

Volviendo á las fiestas, diré que se ha atribuido excesiva importancia á su efecto escénico ante los ojos de los extranjeros que nos han venido á visitar con tal motivo. No creo que por eso se hayan ido maravillados y abierta de un palmo la boca, como suponía mucha gente cultivadora del optimismo barato. A semejanza del gallo de Lafontaine, los extranjeros preferirían un grano de trigo. El grano de trigo aquí es la obra humilde y modesta de la pedagogía, de la instrucción, de la orientación hacia los ideales de los pueblos modernos. Buenos son estos

regocijos populares,
fiestas múltiples y varias,
músicas, danzas y antares...

pero un esfuerzo varonil hacia la regeneración (palabra *cursi* y *latera*, según los doctores), abriría en el ánimo de cualquier Mirza Riza una huella por lo menos tan favorable y grata.

EMILIA PARDO BAZÁN.